



EL ECO DE CARTAGENA

AÑO XLI

DECANO DE LA PRENSA DE LA PROVINCIA

NÚM 11834

PRECIOS DE SUSCRIPCIÓN

En la Península.—Un mes, 2 ptas.—Tres meses, 6 id.—Extranjero.—Tres meses, 11'25 id.—La suscripción se contará desde 1.º y 16 de cada mes.—La correspondencia á la Administración

REDACCION Y ADMINISTRACION MAYOR 24

MARTES 23 DE ABRIL DE 1901

CONDICIONES

El pago será siempre adelantado y en metálico ó en letras de fácil cobro.—Corresponsales en París, A. Lorette rue Caumartin 61; y J. Jones, Faubourg-Montmartre, 31.

REORGANIZACIÓN

DE ARSENALES.

Desde que se recibió en Cartagena el telegrama que ayer publicamos, relativo al asunto que sirve de epigrafe á estas líneas, no se habla de otra cosa en los círculos de recreo, en los políticos, en el hogar, en la vía pública y sobre todo, donde predomina la clase obrera, se habla del asunto con calor, en el sentido de condenar todo propósito que tienda á llevar la desesperación y el hambre á las viviendas del obrero oficial, de ese obrero que aprendió el oficio en los talleres del Estado y en ellos continúa dedicado al servicio de su país, sujeto á severa disciplina, devengando jornales menores que los que devengan los obreros de su misma categoría en los talleres particulares

Esa maestranza sobre la que amenaza terrible despidido, si el proyecto de reorganización prospera, es la que construyó el acorazado «Zaragoza» que fué en sus tiempos uno de los mejores buques que surcaban el mar; la que fabricó con sus manos las fragatas «Carmen» y «Gerona», cuyos nombres serán siempre páginas gloriosas en la historia de nuestra marina de guerra; la que hizo «El Conde de Venadito» y el «D. Juan de Austria» que en la América del Sur el primero y en la campaña filipina el segundo, han dado pruebas de resistencia, superiores á las que han dado los demás buques.

Condenar al despidido á esos hombres, clausurando para ellos los talleres donde pasaron los mejores años de su vida, renunciando tal vez proposiciones ventajosas ante la seguridad que les ofrecían las tareas del Estado, más continuas si bien peor pagadas, sería una injusticia; y no creemos que el duque de Vera-

gua les procure tan negro desengaño, en pago de servicios que deben traer aparejado mejor premio.

¿Por qué han de ser para Ferroí todas las construcciones? Si aquellos astilleros gozan de supremacía sobre los demás, confíeselos los buques de gran porte, los acorazados, si es que por ventura está decidido en las esferas del gobierno que volvamos á tener marina; pero dejémosle a los otros la construcción de buques de menos importancia, los cruceros, los destructores, los torpederos, algo que dé la suma de trabajo necesaria para sostener la actual maestranza.

Y no se diga ni se tome como pretexto la lentitud con que se ejecutan las obras en sus astilleros para condenarlos, porque nada tiene que ver eso con los trabajadores. Si acaso tendrá que ver la organización, el expediente, ese formalismo que obliga á reunir juntas y á escribir una montaña de papel para pedir á un contratista una brocha ó media docena de tornillos.

Desarraiguense vicios; destiérrese lo que la experiencia ha probado ser rémora en vez de adelanto; marquense las separaciones debidas para que cada cosa goce de la posible independencia dentro de la unidad de mando y es seguro que no permanecerán los buques en gradas años y más años como ha ocurrido hasta aquí.

La maestranza de los arsenales extranjeros no es mejor que esta ni es más resistente; y no perdiendo en la comparación la nuestra, claro es que debe buscarse en otra parte la causa de que el trabajo se eternice.

Esa causa es la que se debe destruir en vez de pensar en despedir trabajadores.

Capuchineras

Hasta el gato de tu casa

me gruñe siempre que entro, ¿de tu madre y de tu padre habrá tomado el ejemplo!

A Dios un sabio negaba, pero una tarde te vió, y dijo al mirar tu cuerpo: —ay que cosas hace Dios.

No quiero tu compasión, que tu compasión me apena; ¿quiere si no me quieres pero no me compadezcas.

¡Qué lástima de ojos negros; qué lástima de color! ¡qué pena que los posea quien no tiene corazón!

Sentí fatigas de muerte aquel retrato al besar; ¡figúrate lo que pasa si beso el original!

Narciso Díaz de Escovar

ENTRE PARÉNTESIS

ELLA.

Orillas del Bernerger que refleja los ligeros capiteles de la gótica basílica leonesa; rubia como una esperanza de los quince años, ojos azules como la flor del lino en las mañanas de Junio; allí había nacido y allí volvía con unos años más y unas ilusiones menos.

Los amores de la corte... allí junto al Bernerger rumoroso y manso como los gocos de un alma al abandonar aquellas riberas, aquellos amores, la arrancaron una maldición y levantaron en su pecho una tempestad de odio. ¡Pobre Enriqueta!

Yo la había conocido niña é inocente, y cuando la encontré aquella tarde con los ojos llenos de lágrimas por el dolor, y los labios contritos por el odio, me dió miedo. ¿En qué pensaba! le pregunté después de saludarla.

En ti ¿en mí!

— En aquel día ¿te acuerdas en que me contabas los primores de la vida cortesana. —Perdóname si hice mal; yo no quiero pensar que aquella narración mía pudiese perjudicarte.

—Soñé que al volar huías de mí y que me encuentro con que en estos horizontes, mis alas no pueden moverse porque los desengaños de allá son plomo.

Escucha:

Tú que no has amado nunca, no podrás comprenderme; pero no olvides lo que voy á decirte:

Los gozos de la vida, no lo son cuando dejan en el alma una amargura: mejor es esta amargura sin aroma, que todas las flores de los jardines de las ciudades que envenenan.

—¿Y no esperas ser feliz?

—Lo sería, si...

Y arrojándome á sus pies, comencé á amar y á hacerla feliz.

T.

REMITIDO

Cartagena 21 Abril 1901

Sr. Director del periódico El Eco de CARTAGENA.

Muy señor nuestro: Como representantes en esta ciudad del comité de la «Asociación patriótica española» organizada en Valladolid rogamos á V. dé cabida en las columnas de su ilustrado periódico á la siguiente circular que expresa el objeto de dicha asociación, por cuyo motivo lo anticipan las gracias y quedan á su disposición, suyos afmos, a. s. q. s. m. b.

Alejandro Villarreal y José Santiago.

«En el ánimo de todos los españoles está, sin duda alguna, el firme propósito de contribuir de cualquiera manera en la grandiosa obra de regeneración y engrandecimiento de la patria.

Es indudable también que estos propósitos adquieren el carácter de sagrada obligación en todos aquellos que visten el honoroso uniforme de soldado ó están encargados por el Estado de la instrucción de los niños de hoy que han de ser mañana soldados y ciudadanos.

Por estas razones no hemos vacilado un momento en solicitar la cooperación de todos los Sres. Jefes y oficiales y sargentos ó paisanos sea cualquiera la situación en que se hallare, para formar una agrupación bajo el título de «Asociación Patriótica Española» y cuyo objeto es el siguiente.

1.º Defender la instrucción militar (práctica y teórica) por medio de conferencias y ejercicios que se celebrarán en las Escuelas y Colegios de toda la nación.

2.º Establecer gimnasios donde los niños puedan adquirir el desarrollo neces-

rio para llegar á la edad de soldado con la robustez y agilidad correspondiente.

Por ahora, nos contentamos con la primera parte, dejando en estudio la segunda.

En una palabra, necesitamos recoger el mayor número posible de adhesiones para dar forma á la idea y solicitar de los poderes públicos la autorización y auxilios correspondientes.

Los señores antes citados que deseen contribuir con su trabajo al desarrollo de nuestra idea, se dignarán manifestarlo por carta al secretario de esta asociación, para incluirlos desde luego en las listas de socios y remitirles el reglamento.

Los adheridos quedan obligados á celebrar una conferencia semanal como mínimo y han de especificar con claridad el pueblo y provincia de su residencia.

Cuentan con el patriotismo y entusiasmo de todos y suplica la reproducción á toda la prensa española.

El Comité organizador.

CONTESTACION A VARIAS PREGUNTAS

Son objeto únicos de esta sociedad.

1.º Inculcar en el ánimo de los niños los principios de patria, bandera, Ejército, deberes de todo ciudadano para con su patria, etc.

2.º Imponerles en la teoría del tiro, Nomenclatura de las piezas del fusil y su funcionamiento; empleos y divisas y de más conocimientos necesarios.

3.º Instruirlos prácticamente en el manejo del arma y atender á su desarrollo, robustez y agilidad, implantando gimnasios, picaderos y salas de esgrima.

Ahora solo queremos saber el número de Jefes y oficiales y sargentos, profesores de gimnasia, esgrima, y equitación, periodistas, médicos y directores de colegios que deseen adherirse á nuestra desinteresada idea.

Con la relación de todos acudirémos á los poderes públicos solicitando la autorización y auxilios necesarios.—El Secretario, José Villalón.—Valladolid.

Los señores en la anterior circular citados, que deseen adherirse en esta ciudad, pueden hacerlo en las redacciones de los periódicos.

RENATA MAUPERIN

306

BIBLIOTECA DE EL ECO DE CARTAGENA 307

RENATA MAUPERIN

310

fuerza nerviosa que presta á los más débiles y el aire del campo entrando por la portezuela del vagón, sostuvieron á la enferma hasta Chaumont; á donde llegó sin mucha fatiga. Descansó allí un día, y al siguiente, instalada en el fondo del mejor coche que se pudo encontrar, marcharon á Morimond. El camión departamental era muy malo, y el viaje fué largo y penoso. Desde las nueve del día empezó á sentirse el calor, y á las once el sol abrasaba el cuero del coche. Los caballos sudaban dando resoplidos y caminaban difícilmente. Mad. Mauperin dormitaba en el almohadón delantero. M. Mauperin, sentado junto á su hija, sostenía contra su cadera y con los brazos una almohada en que aquella se apoyaba, y que se caía con los vaivenes. De vez en cuando preguntaba la hora, y siempre decía: «¿Nada más?»

A las tres de la tarde sólo faltaba una hora de camino: el cielo se había abierto, el tiempo refrescaba, el polvo se posaba y respiraba la tierra. Un pajarrillo se puso á volar delante del coche, de treinta en treinta pasos y parándose en los montones de piedras: Una hilera de olmos empezaba á limitar el camino y los campos se veían ya cercados. Renata pareció reanimarse con el aire del país. Se levantó, y

apoyándose en la ventanilla, con la barba sostenida en la palma de la mano como los niños, empezó á mirar como si aspirase cuanto veía: E iba diciendo, conforme marchaba el coche: «¡Mira! ¡el álamo grande de la ermita, rotol... En esa charca pescan sanguijuelas los muchachos... Los cerezos de M. Richet...»

En el bosquecillo, cerca de la aldea, fué preciso que su padre bajase á tierra para coger junto al terraplén una flor que él no veía y que su hija le señaló.

El coche pasó por delante de la posada; las primeras casas del pueblo; el tendero, el herrador, el gran nogal, la iglesia, el relojero, que vendía antigüedades, la granja Pigeau. Unos chicos que atormentaban á un gato, se detuvieron viendo pasar al coche. Un anciano, sentado en un banco á la puerta de su casa, envuelto en una bufanda de lana y temblando á pesar del sol, se quitó el gorro. Después se pararon los caballos y se abrió la portezuela. Un hombre que aguardaba delante de la puerta, cojió en brazos y bajó al suelo á Renata.

—¡Ah!—exclamó—nuestra señorita no pesa lo que un haz de leña.

nidos, al despertar, evocan su infancia.

Sostenida y casi llevada en brazos por su padre, quiso volver á verlo todo: el jardín, las espalderas, el prado de delante de la casa, los sombríos canales y el estanque con su agua inmóvil. Recordaba las calles de árboles como cosas que se recuerdan de un sueño, y sus pies la llevaban á senderos ya borrados y que antes había recorrido. Las ruinas le parecían más viejas, por los años que ella contaba. Reconoció entre la hierba sitios en que había jugado y á los que prestaba sombra su vestido de niña. Encontró el lugar en que había enterrado un perrito blanco, llamado Nicolás Bijou, al que había querido mucho. Recordaba aún cuando su padre, después de levantarla, la paseaba en sus brazos por la huerta.

Parecía reanimarse y revivir: el cambio, el aire natal y los recuerdos parecían distraer su mal. Esto duró algunas semanas.

Una mañana la contemplaba su padre, mientras ella se entretenía en cortar rosas viejas en un maciso de blancos rosales. Bajo su gran sombrero de paja, que el sol traspasaba, su rostro enflaquecido tenía la luz del día y la dulzura de la sombra. Viva y alegremente, iba de uno á otro rosal, y las espigas sujetaban su ropa cual queriendo jugar con ella. Y á cada tijeretazo, de una rama en que se apretaban